

encuentra. Provoca, desafía, arguye; todo en vano: nadie responde. Todos caminan en pos de los goces sensuales, y el templo de Mammón es el único cuyo dintel atraviesan. Hay veces que se regocija, cuando algún enviado extraño viene á diseminar el error entre los suyos: *al menos, dice, se excitará el espíritu de controversia, se saldrá de esa indiferencia glacial que mata el entusiasmo más ardiente.* Pero nada: ni á la verdad ni al error se prestan dóciles oídos; y ni la religión de Cristo ni la religión de Satanás halla cabida, siempre que sea religión. ¡Y entretanto se camina á la muerte, se avanza sin saberlo á la perdición!

¡Oh Jesús, Supremo Pastor de las almas! Salva á mi grey de semejante desdicha; no permitas que jamás se adormezca en el letargo del indiferentismo. Mándanos luchas, mándanos vientos, mándanos tempestades; sabemos que contigo navegamos, y nada nos arredrará. Pero, por piedad ¡oh Señor! no alejes de nosotros á tu divino Espíritu, no permitas que venga á reinar en torno nuestro esa calma infernal que conduce á la destrucción. Dános, sí, después de las tormentas indispensables para probarnos, esa paz que el mundo no da, esa gran tranquilidad, *tranquillitas magna*, de Tiberiades, que viene del cielo, y hará que lleguemos al puerto de salvamento. Así sea.



SERMÓN

PARA EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO, PREDICADO EN LA IGLESIA DEL COLEGIO
DE NIÑAS DE MÉXICO, EL 31 DE DICIEMBRE DE 1865.



Hora est jam nos de somno surgere.
Es hora ya de levantarnos del sueño.

ROM. XIII, 11.

GÓZOME, Hermanos míos, de veros reunidos en este santo templo. Os felicito, porque no habéis imitado á los ingratos leprosos del Evangelio, que después de haber sido curados por nuestro Salvador, siguieron su camino sin dirigirle una palabra de agradecimiento. Antes bien, habéis seguido el ejemplo del único de aquellos diez desgraciados que vino á postrarse á las plantas de Jesús, y á darle las más rendidas gracias por la milagrosa curación con que lo había favorecido. Así vosotros, sin hacer caso del inmenso número de mundanos que sólo piensa en satisfacer sus pasiones, y recibe impasible los mayores beneficios, os habéis reunido esta noche para manifestar al Omnipotente, que no sois in-

sensibles á los favores de que os ha colmado durante el año que dentro de breves horas habrá espirado. Cumplid vuestro santo propósito, é hincados de rodillas ante la sublime Majestad del Señor del universo, entonad himnos de gracias en su alabanza, y doleos de la ingratitud con que habéis correspondido á los dones que sobre vosotros ha derramado.

Mas no se debe limitar á esto vuestra piedad. De poco os servirá un dolor estéril por las faltas pasadas; muy poco os aprovechará una acción de gracias por los beneficios recibidos, si no la acompañáis de un firme propósito de corresponder á ellos en lo futuro. Estoy seguro de que tales propósitos no han faltado durante los últimos meses. Pero ¿qué frutos han producido? ¿Qué cambio han obrado en vuestras almas? Si consultáis vuestra conciencia, hallaréis que no han sido sino de aquellos buenos deseos no realizados de que, como suele decirse, está lleno el infierno.

Esta es la época de hacerlos fructíferos. Ha llegado el tiempo de sacudir esa pereza que os aleja del bien; de poner en práctica vuestras buenas resoluciones; de salir de ese profundo letargo en que os halláis sumergidos, y de comenzar á servir á Dios, de veras: *hora est jam nos de somno surgere.*

El Señor se sirve á menudo de circunstancias extrañas para derramar su gracia en nuestras almas, y es necesario no desperdiciar los momentos en que se digna visitarnos. El concluir del año civil es una de las épocas que su divina Providencia escoge para llenar aun á los más indiferentes de buenos sentimientos, é inspirarles deseos de servirle; yo os conjuro en su nombre, Herma-

nos míos, á no dejar pasar desapercibidas las felices inspiraciones que sentís en vuestras almas.

¿Qué significa, en efecto, ese vago sentimiento de tristeza, de melancolía, que se apodera de todos en medio de las festividades, tanto sagradas como profanas, que preceden y siguen al solemne momento en que espira un año, para ceder su lugar al que viene tras él? Hace ocho días apenas, celebramos la fiesta mayor y más gloriosa que conozca la Iglesia de Cristo: la Natividad del Verbo Encarnado. Mañana hacemos conmemoración solemnísimá de la primera gota de sangre que derramara por nosotros el Dios humanado, y del Nombre dulcísimo que le fuera impuesto. No habrá acabado una semana, cuando llegará el aniversario de nuestra vocación á la Fé cristiana, y nos llenaremos de regocijo al recordar la manifestación del Hijo de Dios á los Gentiles. ¿Por qué, pues, este interno disgusto, este inexplicable sentimiento de pena que en vano procuramos desechar?

Es que al ver espirar un año más, como ya ha sucedido con tantos otros, palpamos, mal de nuestro grado, la brevedad de la vida, y sentimos á pesar nuestro que nos acercamos más y más á nuestro fin. Es que al contemplar nuestra vida pasada no podemos decir como San Pablo: He combatido cual valiente soldado de Jesucristo; he llegado feliz al término de la carrera; cándida como al principio está mi túnica bautismal. *Bonum certamen certavi; cursum consummavi; fidem servavi.* Nos vemos por el contrario, precisados á exclamar, uniéndonos á la santa Iglesia: ¡ay de mí! que en todo el curso de mi vida no he hecho sino pecar. *¡Hei mihi! Domine quia peccavi nimis in vita mea.*

De aquí proviene esa tristeza que nos oprime; y si no nos esforzamos por ahogarla en medio de los regocijos profanos en que suelen abundar estos días; si investigamos sus causas, y procuramos aplicarle el verdadero remedio, el Señor nos colmará de gracias, y al acabar el año que empezará dentro de breves horas, estaremos, si Dios nos prolonga la vida, más tranquilos, más contentos, más satisfechos de nosotros mismos. A esto se dirigirán hoy mis esfuerzos. Echar una ojeada retrospectiva al año que termina; lanzar una mirada previsorá al año que empieza: hé aquí el asunto de mi discurso. Procuraré penetrar en vuestros ánimos y seguir la corriente de vuestros pensamientos; vuestra piedad hará lo demás. En mi primer punto, os recordaré, cuanto me sea posible, los beneficios que de Dios habéis recibido, y os haré ver cuán mal habéis correspondido á ellos. En el segundo, os ayudaré á dar gracias por los mismos al Omnipotente, y procuraré enseñaros el verdadero modo de manifestar nuestro agradecimiento.

¡Virgen concebida sin mancha! Tú que, llena de gracia desde el primer instante de tu existencia, seguiste incessantemente avanzando en virtud y santidad; Tú que supiste tan bien corresponder á los innumerables dones que sobre tu alma purísima derramó el Todopoderoso, ven ¡oh Madre! á nuestro auxilio, y alcánzanos el favor de que ya nunca seamos ingratos á los beneficios de tu Hijo, sino que cada día le amemos más y más, y cumplamos mejor con sus santísimos mandatos.

AVE MARÍA.

PUNTO PRIMERO.

Son tantos los beneficios que á cada momento recibimos de la Providencia, que su misma abundancia nos hace mirarlos como cosas poco dignas de nuestra atención. ¿Quién podrá contar las gracias espirituales de que Dios continuamente nos colma? ¿Quién los bienes temporales de que no cesamos de gozar un solo instante? ¡De cuántos favores así generales como particulares no somos deudores al Omnipotente! Y sin embargo, ¡oh ingratitud inexplicable! no sólo no nos acordamos de mostrar al Señor nuestro agradecimiento, sino que abusamos de ellos para satisfacer nuestros torpes apetitos. La salud de que gozamos, la vida que disfrutamos, la existencia misma, la debemos al Creador que gratuitamente nos la ha concedido.

¡Y qué existencia, Dios mío! Sin ser profundos filósofos, ni querer investigar los secretos de la naturaleza, basta recordar los solemnes momentos de la creación del hombre, para sobrecogernos de admiración y gratitud,

y exclamar reconocidos con el Real Profeta: Señor, Dios Nuestro, cuán admirable es tu Santo Nombre, en toda la extensión de la tierra. *Domine, Dominus Noster, quam admirabile est Nomen Tuum in universa terra.* (Ps. VIII.)

Creó Dios en el principio el inmenso cielo; sacó la tierra de la nada, y fabricó la azulada bóveda del firmamento. A su voz se congregaron las aguas, y formaron el inmensurable océano; y apenas la escuchó la tierra cuando obediente se cubrió de verdor. Formó luego su omnipotente mano los dos grandes luminares del día y de la noche, y adornó el cielo con millones de millones de esas relucientes estrellas, que nuestros ojos no se cansan de admirar. Ordenó á las aguas que formasen toda clase de peces y de aves; y mandó, por último, á la tierra que produjese los animales terrestres, tanto los que sirven de alimento como los que nos ayudan en nuestras faenas, tanto fieras como reptiles. "En fin, dice San Juan Crisóstomo al exponer este sublime pasaje del Génesis, así que hubo dispuesto todas las cosas visibles con un orden admirable, y adornado todo de la manera más exquisita; cuando hubo aparejado una lauta mesa cubierta de variadas y selectísimas viandas, y ostentado por todos lados una abundancia y una esplendidez, que hoy llamaríamos regia, entonces, y sólo entonces formó el Señor al que debía gozar de todos estos bienes, y bajo cuyo poder iba á colocar todo lo visible. Entonces mostró Dios cuánto más digna y superior á todas las otras era la creatura animada que acababa de formar, al ordenar que todos los animales estuviesen bajo su imperio y potestad: *ostendit quanto dignius cæteris operibus animal*

formet, quo quidem præcipit omnia que facta erant sub illius esse imperio et potestate.

No me detendré á haceros admirar las bellezas del cuerpo humano, ni á examinar la sublimidad del alma racional de que estamos dotados. Empero no puedo dejar de observar con los Santos Padres, que bien grande debe ser la perfección de una creatura que tiene á Dios mismo por artífice y fabricante inmediato. Si un cuadro de Rafael ó Murillo es infinitamente más precioso que el de algún oscuro pintor; si el valor de una estatua se multiplica hasta el exceso, porque la ha forjado el cincel de Miguel Ángel ó de Fidias, cuánta no será la excelencia del hombre, que la mano de Dios mismo formó del limo de la tierra, y en cuyo rostro inspiró soplo de vida: *formavit Deus hominem ex limo terre.*

Al sacar de la nada á las demás creaturas, al hacer que los elementos produjesen los demás animales, el supremo Creador dió sus órdenes en brevísimos términos, y sirviéndose de todo el imperio que como á Dios le compete. Hágase la luz, exclamó: *fiat lux*; germine la tierra, *germinet terra*. Pero al crear al hombre, vemos entrar en consejo, por decirlo así, á toda la Trinidad Sacrosanta, y exclamar con lenguaje bien diverso del anterior: Hagamos al hombre, *faciamus hominem*. Estas sublimes palabras nos revelan nuestra dignidad; dignidad tan alta, que algunos herejes de los primeros siglos se obstinaron en creerlas dirigidas á los ángeles, ó á alguna otra creatura. *Faciamus hominem*, exclama el Eterno Padre; hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, *ad imaginem et similitudinem nostram*. ¿Y quién no se siente lleno de un santo orgullo, al considerarse creado á la